



Madre. Joaquín Sorolla. 1895. Óleo sobre lienzo. 125 x 169 cm. Museo Sorolla.

Largo, duro parto. Dolor, sangre, sudor, contracciones. El cálido y viscoso ritual de la vida, tan pagano. Sorolla mira; dos cuerpos. Son Clotilde y la niña, pero también son dos cuerpos. También son dos cuerpos y nada más. Sorolla adora la vida en su fuerza plena a la luz del sol, plena de cuerpos y sonrisas que se confunden y van adelante, siempre alante; sin entender de nombres, ni de obras humanas, ni de dolores. Sin mirar atrás. Dos cuerpos: uno forzado, dilatado, reventado; el otro constreñido, torpe, amorfo. Es una visión de lo más escatológica en ambos sentidos. Escatológica por lo que tiene de guardiana del secreto de lo que hay más allá de la vida. Escatológica porque a la vida llegamos expulsados como excremento, de las mismas entrañas, con esfuerzo. Y ahí está uno de los grandes conflictos del s. XIX, y del XX, y del XXI: se fue Dios y qué quedo de la vida, de su secreto, del Misterio; qué quedó más que la pura vida y nada más y nada menos.

Sorolla, siempre partidario de combatir los peligros decadentes de la excesiva reflexión con vitalismo, hace lo

que hace. Lo llena de luz, luz natural que limpia, que hace parecer a la vida algo sencillo, que pasa y sigue porque así debe ser, y así es, y mejor desnudarse y correr por la playa que alternar con los ojos de Zuloaga. Actúa como un mago de lo vital, un animista; aunque en esta escena la luz sea menos blanca y se manche mucho de gris, aun protege, tapa, la luz tapa. Baña como el agua.

Tapa los cuerpos, los tapa de luz, de muro y colcha blancos cegados de luz que los esconden del todo. Los cubre a ellos, verdaderos protagonistas de la vida. Quedan los rostros, testigos cerebrales y humanos de lo que acaba de pasar: algo demasiado grande, que no se puede entender, que asusta.

Se aleja del miedo que produce la maternidad, la mujer del XIX, la vagina que amenaza. La vagina que recuerda al hombre su debilidad infantil ante las artes de seducción de las mujeres fatales. La que se resiste orgullosa y creadora a la imposición de un orden establecido que busca esclavizarla. La que responde enigmática a la pregunta del donde venimos con su oquedad: "venimos de ahí, del agujero, del vacío". Es *El origen del mundo* de Courbet. Es el coño que la *Olimpia* se tapa con la mano, presionando como si fuese la caja de Pandora de la que hay que preservar al menos la Esperanza. Es la mata de pelo húmeda y viscosa que aterroriza a John Ruskin cuando se enfrenta por primera vez a la entrepierna de Effie Gray. Es la quintaesencia de lo corpóreo que ahora asusta porque sólo somos eso, carne blanda y no espíritu, nada de luz interior. El sueño de la razón produce monstruos, los monstruos son peludos y viscosos; como las vaginas. Y Goya es el primer y gran pintor de lo monstruoso, y el primero en pintar explícitamente el bello púbico.

Sorolla frente a Clotilde y Elena. Lleno de interrogaciones y de ternura, un amor familiar que casi

sorprende. A menudo el ego de artista separa a los creadores de su familia. Sorolla en cambio es un padre y esposo amantísimo. Su matrimonio con la hija de su protector Antonio García Peris fue probablemente fruto de la conveniencia, pero eso no le impidió amar a Clotilde con ternura hasta el final. Así se ve en sus retratos, siempre dulces. Sus tres niños son sus tres soles; imaginar a los cinco en su casa madrileña, tan elegantemente lujosa, tan apetecible, nos habla de una existencia tan plácida como sus cuadros. La vida en positivo de Sorolla no es la vida del agujero, la sangre y el pelo negro. No es la vida del cuerpo viejo ni del cuerpo feo. Es la parte bonita de la vida, y punto.

Así el manto blanco cubriendo, purificando, los cuerpos castigados por el ejercicio de "dar a luz" (curiosa expresión), se me antoja como un paisaje nevado. La nieve está en la génesis del paisaje, en el Norte, con Brueghel y sus *Cazadores en la nieve*. Pero en cambio escandalizó en la tradición mediterránea cuando fue introducida en la pintura del Sur por Courbet. La nieve esconde la vida, la purifica en la muerte o en el letargo; sin movimiento, sin olores, sin calor. La nieve es mística, y así Friedrich, el paisajista místico por excelencia, es también el paisajista de la nieve y el hielo. Y esa mística del blanco uniforme que esconde la vida, la historia, el tema; desembocará en la pintura de campo de color; en el gran espíritu de las telas de Rothko. Y algo de esto hay en la sábana de la cama de Clotilde, porque esconde una historia, una historia debajo de esa cabeza amoratada, una historia de cuerpos que un pintor tan de cuerpos no se atreve a contar. Y eso lo hace inquietante, porque Sorolla es altamente Mediterráneo y no suele esquivar el cuerpo, y lo que en el Norte es purificación aquí escama porque vivimos en un entorno que no escapa de la carne, aunque sea vieja y fea como lo es a

menudo en la "escuela española". Y es inquietante como lo es la nada abstracta que está a punto de comerse al perro de Goya convirtiéndolo en un desolador campo de color, en esa "pintura negra" cuya composición se parece tanto a esta pintura blanca de Sorolla.

Pero mañana será otro día. Joaquín termina el bosquejo que acabará siendo la tela que nos ocupa y se inclina sobre la cama. Acaricia la frente de su esposa y sonríe, feliz de ser partícipe de esa experiencia que no comprende. La hija, la madre, los cuerpos, el sexo, la sangre, la placenta, el nacimiento y la vejez. La ropa, la cama, la habitación, la pintura, la comadrona que dará de mamar a su hija en vez de su propia madre... Hay ahí dos mundos que no se entienden. Que intentan hermanarse en la mirada amable de Joaquín Sorolla, bañados de luz. Dos mundos separados por el Misterio, que el hombre parece entregado a intentar explicar una y otra vez sin quedar nunca del todo satisfecho. Es la historia de la pintura de desnudo y de paisaje y quizás de toda la pintura y de la literatura y de la Historia y de todas las preguntas que nos perturban y que nos hacen envidiar la pureza de los animales que viven como si fueran sólo cuerpos.



George Stubbs (1724 - 1806). *Dos yeguas bayas y un poni gris en un paisaje*. 1793, Óleo sobre lienzo. 62,2 x 74.9 cm. Colección privada.